



COMANDO SIMÓN BOLÍVAR TÁCHIRA

Transición política venezolana

La crisis de abril 2013

Arturo Sosa A., s.j.*

La sociedad venezolana vive una etapa de transición llena de todas las ambigüedades posibles. La crisis en la que entra la política venezolana durante el mes de abril aumenta la incertidumbre y la necesidad de no perder la perspectiva de largo plazo por la intensidad de la coyuntura que se vive

Entrado ya el mes de mayo el juego político comenzó a lucir trancado. El peso de un resultado electoral desconocido y lecturas opuestas de su significado, mantienen a la sociedad en un alto nivel de tensión e incertidumbre. Los canales de mediación institucional han dejado de funcionar y se percibe un debilitamiento del modelo de dominación que había venido sustituyendo la ausencia de legitimidad del sistema político. Junto a la desaparición física de Hugo Chávez y su personalismo carismático ha desaparecido la indiscutible ventaja electoral en la que se sostuvo el avance de la revolución bolivariana durante catorce años.

Los últimos días de Chávez y su despedida pusieron de manifiesto la innegable conexión emocional de una parte muy importante del pueblo con su persona y estilo de gobierno. La pretensión de convertir a Chávez en el mito aglutinador necesario para la continuidad del proyecto político que encabezó ha tenido solo un éxito parcial. El *todos somos Chávez* o *yo soy Chávez*, no ha logrado llenar el espacio del au-

sente. El paso de los días va dejando claro que ninguno de los autoproclamados hijos es Chávez. La sucesión no pudo sostener el caudal electoral logrado por el presidente fallecido en octubre de 2012. Desaparecido Hugo Chávez no ha quedado claro quién es su auténtico intérprete, quién o qué debe ser acatado como garantía de fidelidad a su proyecto. No parece bastar ni siquiera la *doctrina Pérez Arcay*¹ por la que se asocia Bolívar a Chávez y bolivarianismo a chavismo, por lo que la Fuerza Armada Nacional Bolivariana o la República bolivariana y sus instituciones son, por consiguiente, *chavistas*.

Junto a las dificultades que presenta administrar la crisis del modelo rentista de distribución y su impacto en el apoyo popular al proyecto chavista, las críticas internas al burocratismo en la acción de gobierno y los límites impuestos a la participación de las bases en las decisiones de las organizaciones chavistas, alimentan las diferencias entre los miembros de su dirigencia obligada a encontrar la forma de gobernar *en grupo*, además de enfrentar una oposición crecida electoralmente y fortalecida tanto organizativa como discursivamente.

La vida de la sucesión chavista depende de lograr una dirección colectiva del movimiento con capacidad de mantener la adhesión de la mayoría de la población. El equilibrio entre civiles y militares es uno de los más difíciles en esa dirección colectiva que se define a sí misma como político-militar, en la que la propensión al militarismo se disimula cada vez menos.

Es de primera importancia insistir en la necesidad de preservar el ámbito de la política como el lugar y modo de resolver los conflictos agudos de la crisis en que se encuentra la sociedad venezolana. Eso sí, la política que recobre la sensatez y no pierda su relación con la ética en aspectos tan sensibles como el respeto a la vida por encima de todo, el apego a la verdad que deseche la mentira como forma habitual del discurso, la transparencia de la acción pública, el reconocimiento de todos los actores políticos sin derecho a aplastar a las minorías y el respeto de los ámbitos específicos de cada una de las instituciones del Estado.

EL 14 DE ABRIL Y SUS CONSECUENCIAS

La lectura hecha desde cada posición ideológica de los ajustados resultados de los comicios



XINHUA/MAURICIO VALENZUELA

ha llevado a querer sacarle el mayor provecho político acentuando la polarización asomada desde la campaña. Abusando de un lenguaje que llama a la reconciliación y la paz, envuelto en símbolos religiosos y recurriendo sistemáticamente a las emociones, se ha recurrido a la confrontación provocadora, se ha crispado el ambiente político y dado lugar a episodios tanto de violencia callejera como los graves incidentes de las golpizas entre diputados en la Asamblea Nacional.

Los brotes de violencia y represión surgidos en el contexto electoral merecen una reflexión más allá de lo coyuntural. Mostraron la existencia de grupos organizados para responder violentamente en situaciones de tensión. Pero también mostraron cómo las expresiones violentas se han hecho parte de la vida cotidiana de los venezolanos, cómo se recurre a ella con facilidad ante cualquier circunstancia y cómo puede ser inducida por razones ideológicas. Ante esta situación la dirigencia política tiene la enorme responsabilidad de evitar que la violencia se convierta en lenguaje generalizado, fuera de control, justificada desde posiciones ideológicas. El lenguaje de la violencia no es el de la política sino el que acaba con la política.

Por primera vez en la historia electoral venezolana el resultado electoral no ha servido como instrumento para la aceptación social de la correlación de fuerzas políticas y normalizar el funcionamiento del gobierno. La ruta de agudizar la polarización pone en riesgo las bases de la convivencia política y distorsiona la expresión de los electores con una visión simplista de una realidad compleja.

La cuasi-igualdad numérica de los votos no indica necesariamente un pueblo dividido en dos mitades políticas como se ha repetido hasta el cansancio. Esa visión distorsionada beneficia al poder constituido y a los grupos convencidos de la imposibilidad de superar los conflictos políticamente, es decir, a través del diálogo y la negociación. Los medios convertidos en propagandistas de una posición en lugar de espacios



XINHUA/MAURICIO VALENZUELA

en los que se refleja la diversidad ayudan a consolidar una imagen falsa de la realidad política.

La participación electoral ha sido la apuesta de la mayoría de los actores políticos en Venezuela, a pesar de sus diferencias ideológicas aparentemente incompatibles. El polo revolucionario ha apostado por alcanzar y mantener el poder por el apoyo electoral. La oposición, (a excepción de las elecciones a la Asamblea Nacional de 2005) también ha apostado por la vía electoral. De hecho ha logrado triunfos electorales locales (alcaldías y concejos municipales), regionales (gubernaciones, consejos legislativos estatales) y nacionales (referéndum 2007, Asamblea Nacional 2010). No se participa en las elecciones solo para ganar ni para cantar fraude si no se logra el resultado esperado. Las elecciones no son un juego de azar en el que se participa apostando para ganar, sino un acto político que permite dirimir situaciones colectivas sin matarnos. Se participa para mostrar una propuesta política y el apoyo que se tiene de la sociedad a ella. ¿O es que las percepciones de una persona, de un grupo de referencia o las encuestas son más precisas y confiables que los votos contados por el sistema electoral?, ¿Los electores son demócratas, cívicos y sabios solo cuando apoyan las mismas posiciones o candidatos del grupo con el que me identifico?

Dirimir políticamente los conflictos existentes en la sociedad venezolana comienza por reconocer la complejidad del pueblo venezolano y la variedad de sus posiciones políticas bastante más amplias que las representadas en los polos ideológicos. Los electores venezolanos han demostrado haber aprendido a expresarse a través del voto distinguiendo, por ejemplo, el voto presidencial, del parlamentario, del regional (gobernadores y CLE) o del local (alcaldes, concejos

municipales). Los resultados de los estados Táchira, Mérida o Zulia en las elecciones 2012-2013 son una muestra. Por otra parte, la migración de más de seiscientos mil votos de una candidatura presidencial a otra en pocos meses no se explica por la deslealtad o la traición sino porque los electores son capaces de expresar a través del voto sus opiniones políticas. Los dirigentes políticos necesitan quitarse los anteojos polarizados para poder ver y entender el mensaje de la población a través del voto.

TENDENCIAS POLÍTICAS EN UNA NUEVA CORRELACIÓN DE FUERZAS

La búsqueda de la legitimidad del sistema político venezolano, perdida a finales del siglo XX, se hace todavía más compleja en la correlación de fuerzas expresada en las elecciones del 14 de abril. Si la división expresada electoralmente no abre la posibilidad al reconocimiento de todas las partes del espectro político como punto de partida para buscar el horizonte común que permita caminar hacia el futuro uniendo esfuerzos, desde este presente en conflicto, no será posible construir la legitimidad política democrática.

Pretender una *tiranía de la mayoría*, como lo está indicando la actuación de las cabezas del chavismo, en esta correlación de fuerzas es una apuesta de alto riesgo. La tiranía de la mayoría se establece cuando el grupo que obtiene la aprobación mayoritaria se olvida del *bien común* e impone sus propios intereses. Prescinde, por tanto, de lo propio de la democracia que es no solo garantizar la participación activa de las minorías sino la articulación de los intereses minoritarios y mayoritarios para construir el horizonte político compartido de la sociedad. Pensadores clásicos como J.J. Rousseau y A. de Tocqueville advirtieron sobre esta grave desviación de la democracia.

El liderazgo de Hugo Chávez consiguió avanzar en el proyecto revolucionario demostrando contar electoralmente con una mayoría holgada. La sucesión chavista no cuenta con esa mayoría como tampoco con unidad interna. Enfrenta, además, el enorme desafío de superar la crisis económica que ha comenzado a generar descontento social y una creciente conflictividad expresada en decenas de protestas diarias. Bien sea que se empeñe en el camino de profundizar el capitalismo rentista de Estado, como lo ha

hecho durante los últimos quince años, en sintonía con la cultura política rentista compartida por la inmensa mayoría de la población, chavista y no chavista, o que intente dar pasos en la transformación del rentismo, tiene delante de sí un escenario de conflictividad social y política.

En esta correlación de fuerzas no basta ser *oposición* sino que es necesario convertirse en alternativa política al chavismo. Identificarse solo como oposición subraya el desacuerdo con el chavismo en mayor o menor grado pero sin que se tenga propiamente una proposición consensuada para sustituirlo. Una alternativa política supone construir una propuesta ideológica, un programa de gobierno y una organización capaz de convencer a ciudadanos de todos los estratos sociales de que su puesta en práctica desde el gobierno pueda ofrecer, en forma creíble, una vida mejor a la propuesta por el chavismo.

Formular esa propuesta ideológica es una tarea de enorme complejidad pues debe ofrecer una alternativa posible no solo al chavismo sino al capitalismo rentista en el que se fundó tanto el Sistema de Conciliación de Élités y Partidos Políticos como el Nuevo Ideal Nacional de los militares del siglo XX. Busca proponer una vida mejor para los venezolanos sobre bases distintas al rentismo, garantizando la justicia social en un régimen político participativo y democrático. La organización política que busque llevar esta alternativa a la población tiene el enorme desafío de construir una red capilar que abarque todos los rincones del territorio y de la sociedad venezolana, lo que no ha logrado la oposición en todos estos años y sí el chavismo. Una red capaz de hablar un lenguaje comprensible por todos los venezolanos, que convenza y propicie la conexión afectiva con la gente. La alternativa no es sustituir un personalismo por otro. El desafío es convertir la unidad electoral en alternativa democrática, plural, capaz incluso de reconocer la presencia del chavismo como una de las corrientes políticas vigentes.

Empeñarse en la imposición de la mayoría precaria o en la oposición a ella puede llevar a romper el fino hilo que todavía parece unir a la sociedad venezolana y llevar al desacato de la Constitución. Ese es el punto de inflexión en el que el debilitamiento de la política puede llegar a aumentar la conflictividad al punto de no dejar otra posibilidad que la dictadura abierta para preservar el mínimo orden social.

El sector militar es el más organizado para mantener en sus manos el gobierno en caso de debilitamiento o rompimiento del equilibrio entre las fuerzas que se identifican con el chavismo. Se vería obligado a imponer el orden mínimo y gobernar dictatorialmente aumentando los niveles de represión política y poniendo entre paréntesis los espacios y las formas democráticas. Aunque sea en nombre del chavismo, un gobierno militar entraría en contradicción con la propuesta de una revolución en democracia con un sujeto cívico-militar. El signo de la dictadura militar que se impondría es imposible de predecir en este momento pues depende de cómo se muevan las fuerzas al interior de la Fuerza Armada y los apoyos sociales que consiga.

Una dictadura militar dificultaría al extremo la sana relación de Venezuela con los gobiernos de América Latina y el resto del mundo, complicando hasta el extremo también la superación de las dificultades económicas internas y las posibilidades de sostener políticas de superación de la pobreza.

TRAZAR LA HOJA DE RUTA HACIA UN FUTURO COMÚN

Sustituir la agudización de la polarización por un esfuerzo sostenido hacia la conciliación nacional como aspiración del grueso de los habitantes del país supone un importante cambio en la dirigencia política de ambos polos.

Más que una re-conciliación —que pudiera interpretarse como un reclamo de vuelta al pasado o la recuperación de algo que solo existió como ilusión— lo que se busca es una conciliación capaz de superar los efectos de la polarización para llegar a pisar el mismo suelo e imaginar un futuro atractivo para todos. La conciliación va más allá de la *mano tendida* para recibir a quienes quieran venir a las actuales posiciones de cada uno de los polos. Supone considerar al que es diverso o piensa distinto como contendor, adversario, legítimo, no como enemigo a vencer, someter o hacer desaparecer.

De la historia venezolana del siglo XX podemos derivar alguna enseñanza. La modernización apoyada en la *siembra del petróleo* fue un desafío de largo plazo aceptado por todo el espectro de ideas políticas existentes en las primeras décadas del siglo. Desde el positivismo hasta el comunismo aceptaron que era el camino a recorrer. Un desafío que aceptó también las dife-



XINHUA/MAURICIO VALENZUELA

rencias sobre su significado y, sobretodo, sobre el modo de realizarlo, lo que produjo no pocos conflictos políticos a lo largo del siglo, incluyendo los golpes de Estado de 1945, 1948 y 1958. El Pacto de Punto Fijo (1958), en cambio, se diseñó dejando por fuera las ideas y organizaciones comunistas. Sus consecuencias fueron la subversión y la necesidad de encontrar el camino de la inclusión (pacificación) después de más de una década de lucha armada.

En el siglo XXI un desafío de largo plazo exige pensar la Venezuela post-rentista e incluso post-petrolera. Por consiguiente, supone superar tanto el capitalismo de Estado como el socialismo rentista. Requiere un rediseño a fondo del Estado rentista y alejarse del camino del estatismo rentista, aunque se vista de Estado comunal.

La conciliación supone la capacidad de formular políticas de Estado de largo plazo, a ser ejecutadas por cualquiera que sea el gobierno. Es necesario, entonces, coincidir en el propósito de superar la pobreza a través de un modelo de desarrollo sustentable, es decir, estructuralmente comprometido con el equilibrio ambiental, al mismo tiempo que se produce el auténtico empoderamiento del pueblo, imposible sin una desconcentración del poder político y una consistente descentralización de la administración pública. Al mismo tiempo, es necesario garantizar una política de fronteras por la que el Estado se haga realmente presente en todo el territorio nacional y una política internacional consciente de la importancia de contribuir a la paz en Colombia, que propicie activamente la integración latinoamericana y apueste por un mundo multipolar comprometido con el equilibrio político, cultural y ecológico.

La primera condición para consolidar un proceso de conciliación nacional es asegurar una buena educación para todos los habitantes del país desde la cual se contribuya realmente a la profunda transformación cultural que supone la Venezuela post-rentista y post-petrolera. Recu-

perar un mínimo de autonomía de los poderes públicos es un paso previo, al igual que la reubicación de los militares en su rol institucional, que no es el de árbitros políticos. Igualmente, es necesario separar la acción de quienes ejercen funciones en el Estado o en el Gobierno de la de los militantes de los partidos. Los partidos políticos tienen su función propia distinta a la de las instituciones públicas y los límites deben estar bien claros y hacerse respetar. La rendición de cuentas de los gobernantes de todos los niveles al pueblo y el acceso a la información confiable y oportuna son también condiciones para la participación democrática en la toma de decisiones.

El acceso fluido al sistema de administración de justicia para todos y un régimen penitenciario humano y humanizador forman parte del futuro por construir. Para contribuir a la superación del rentismo es necesario separar la formulación y supervisión de la política petrolera de la gestión de la empresa petrolera estatal.

Alcanzar ese horizonte es una especie de proceso constituyente, por tanto, abierto a formas creativas de gobierno e incluso de revisión de la misma Constitución, siempre que sean fruto de un proceso de diálogo y negociación socialmente inclusivo.

* Rector de la Universidad Católica del Táchira.

NOTAS

- 1 El General Jacinto Pérez Arcay, coordinador del Estado Mayor Presidencial y cercano colaborador del presidente Chávez, afirmó esa identidad entre Bolívar y Chávez en su discurso durante el funeral de Estado el 8 de marzo de 2013.